aprensión de imaginada á creída.....recibiendo vida gloriosa en su mente el que había muerto ante sus ojos entre acerbísimos tormentos. Pedro y Juan sólo vieron el sepulcro vacío, María vió mucho más en su amoroso éxtasis. Y como sea el éxtasis pegadizo, se les pegó á los apóstoles la aprensión de la mujer, y todo el Colegio apostólico recibió en sí las influencias del figurado Cristo y convirtióse en comunidad de visionarios, que pregonaron por el mundo sus especies y las mandaron creer á todas las naciones."

—En tal forma condensa Mir y Noguera la tontísima explicación de Renán, y para comprobante cita las palabras del impío: "La viva imaginación de María Magdalena hizo en este caso un oficio principal. ¡Oh poder divino del amor! ¡Momentos sagrados en que la pasión de una alma alucinada da al mundo un Dios resucitado!"

¡Qué extravagancia! qué locura! qué desoladora explicación de este enemigo de Dios!—¡El dogma de la Resurrección, la propagación del Evangelio, la Iglesia con sus mártires y santos, brotando todo del cerebro débil de una mujer histérica en un rapto de frenesí!

El desvarío de Renán supone que María Magdalena, las otras santas mujeres y los Apóstoles y discípulos ya esperaban la Resurrección, porque de antemano creían en ella; pero tal supuesto es absolutamente falso en todas sus partes.—Y sea Strauss, que odia á Jesucristo, el que responda á Renán: fiera contra fiera, para que sea breve la lucha.

Pertenecen á Straus las siguientes observaciones (aunque perversamente empleadas por él contra el Evangelio): "En el tiempo de la muerte de Jesús, aparecen (todos los que en El habían creído) obrando como quien no tiene noticia alguna ni *esperanza* la más remota de la Resurrección. En efecto: 1º *Le embalsaman* como cadáver que ha de corromperse (S. Juan, 19, 30, 40). 2° El domingo, día señalado para la Resurrección.....las mujeres quieren embalsamarle de nuevo. 3° Cuando encuentran volcada la piedra (¡aquí de Renán!) no les ocurre que ha resucitado, sino que el cadáver ha sido robado. [S. Juan, 20, 2.] 4º S. Pedro, al ver vacío el sepulcro se asombra, pero no profiere expresión alguna que indique la idea de la Resurreción (S. Luc. 24. 12.) 5º Los otros apóstoles desechan con irrisión y desprecio la narración de las mujeres sobre la Resurrección anunciada por los ángeles y las tienen por visionarias (S. Luc. 24, 10, 16) y algunos aunque llenos de asombro, no piensan ir al sepulcro sino á distraerse (v. 21, sigg.) 6º Cuando los discípulos de Emaús refieren á los Once la aparición del Señor, éstos no la creen (S. Marc. 16, 11, 13,) ni Tomás quiere dar crédito al testimonio de sus condiscípulos. 7º Finalmente, cuando Jesús se aparece en Galilea, los Apóstoles no creen." [Murillo] Hasta aquí Strauss, y si habéis estado atentos, ya tenéis á Renán mortalmente herido por su maestro Strauss que le ha clavado la garra siete veces en el cuello.

Para sepultar bien muerto el absurdo de Renán, citemos tres autoridades de innegable competencia: el Dr. Sepp dice: "La fé casi perdida fué tomando vigor en sus almas á poder de grandes manifestaciones y trabajos, y fué necesaria vista de ojos para rendirse á un orden de cosas tan extraño y fuera de camino."—Darrás exclama: "¡Dios mío, Salvador mío, Señor mío! Pedro y los Apóstoles, antes que mueran por testificar vuestra Resurreción, no quieren creer hasta que ven. Por eso creo yo sin haber visto, y el mundo creerá hasta el fin de los siglos á hombres que sellaron con su sangre su dicho". Y Didón asesta el último golpe así: "Los Apóstoles no tienen idea de la Resurrección de su Maestro, ni la tienen ni la desean; y como no la entienden, se obstinan en negarla. *Son al revès de los alucinados*: éstos imaginan ver lo que no hay; ellos se empeñan en negar lo que era. Invocar, para explicar la posibilidad de tal estado.....el amor ardiente á Jesús,.....es exponerse á las burlas de los que conocen el Oriente y saben las sutilezas y astucias de la incredulidad". [1]

---

(1) – No puedo menos que tomar del P. Mir y Noguera tres citas más para confusión de los ignorantes admiradores que entre nosotros tiene Renán Niega el milagro, sin otra razón que el *porque sí* de los niños duros de cabeza y caprichosos; pero sin duda, en momentos de lucidez, entendía que la negación sin pruebas es nula, y entonces decía: "Si el milagro tiene alguna realidad, confieso que mi libro es un tejido de errores.....Si el milagro es una cosa real, mi método es detestable." (*Vie de Jésus*, 1867, p. VI, 9)—Dios permitió que

venerable de los Apóstoles no es más que la verdad misma; pero aquí Strauss acude al fácil medio de negar cuanto á su gusto y capricho no sucedió: cualquiera circunstancia, la más leve, es bastante á disipar toda autoridad evangélica y principalmente el relato de S. Mateo, que lo pone febricitante y lo enloquece.

Sueña la Resurrección como èl cree que debería acontecer, si aconteciera, y niega de plano lo que á sus delirios no corresponde. Sobran los guardas . . . . ¿para qué pedirlos y quién los iba á pedir?—Sobran los ángeles . . . ¿No bastaba Jesucristo?—Sobra la aparición á Magdalena . . . ¿qué necesidad había de ella?– SOBRA TODO: luego nada hubo, y los Apóstoles, que de todo esto dieron testimonio, han mentido á la humanidad. Las pretendidas contradicciones que halla en los Evangelios se refieren todas á circunstancias omitidas en unos y relatadas en otros, ó bien al modo de proceder de Jesucristo resucitado, que para Strauss es incomprensible, supuesto que no cree ni en la Resurrección ni en la Divinidad del Salvador. Debió llegar á la última consecuencia y decir: "Sobra Jesucristo: luego no existió jamás y hasta su muerte es un mito." Para librarse de tanta dificultad, asegura que las apariciones de Jesús á los Apóstoles no fueron reales y objetivas, sino sólo imaginarias y fantásticas; pero esto contradice temerariamente el dicho de los mismos, que protestan decir verdad y referir *lo que vieron sus ojos y palparon con sus manos*, y más si recordamos la incredulidad de Sto. Tomás y las palabras de Jesucristo. "Introduce aquí tu dedo"—Porque me viste has creído".

El recurso de Strauss carece aun de novedad: los mismos Apóstoles temían ser víctimas de alucinación y Tomás no creyó hasta que vió y palpó. Y ¿qué hace Strauss con el testimonio de S. Pablo que dice haberse aparecido Jesucristo á quinientas personas, de las cuales aun vivían algunas? Pues también las declara visionarias é incapaces de ser testigos de la verdad objetiva de la Resurrección. ¡Tanto puede el odio cuando se apodera de las almas de los impíos!

Nótese que Strauss tiene por incostestablemente auténtica la Epístola á los Corintios y cree pue fué escrita

por S. Pablo hacia el año 59, ó sea menos de 30 años después de la muerte de Jesús. ¿Cómo entonces negar su autoridad? ¿Negará Strauss el obssquio de la fè humana al Apóstol de las Gentes? ¿No es un testimonio digno de toda fé y de mayor excepción?

Creo, Señores, que ya es inútil fatigaros con otras reflexiones y no quiero ni hacer el epílogo de lo que he dicho, por que sé que lo tenéis todo presente.

Para concluir digamos con el ángel del sepulcro: *Surrexit, sicut dixit:* Jesús ha resucitado, como El lo había predicho: Jesucristo vive y reina con sus elegidos, de cuya felicidad esperamos gozar también nosotros!

——

En el punto á que hemos llegado y en vista de vuestros conocimientos en materia de fé, me siento como obligado á tocar apenas, superficialmente, las dificultades que, para aceptar el hecho de la Resurrección, presentaron sus primeros enemigos; pues se han desacreditado tanto por la apologética cristiana y la sana crítica de la historia, que ya hoy día ni los incrédulos aprovecharlas quieren y buscan otras armas, como lo vamos estudiando.

¿Quién arguye ahora diciendo que los guardas del sepulcro estaban dormidos (y por eso vieran!), que los Apóstoles se robaron el cuerpo del Salvador, por fraude ó por violencia, y que luego propalaron que había resucitado el Maestro? Sería necesario—dice Frayssinous—suponer á los Apóstoles trazando este proyecto más que infernal: «No puede ya cabernos duda de que Jesús nos ha engañado: había prometido resucitar y allá se está entre los muertos. A nuestro interés personal convendría publicar su impostura, pero nada de eso; al contrario: sacrifiquemos todo por su gloria: todo! conciencia, honor, tran-

---

Renán escribiera otras palabras que son el anatema de su Obra y la condenación de Renán mismo. Titula su funesto libro: "VIDA DE JESUS." ¿Que se promete el lector?—No otra cosa que lo anunciado por el título: la historia de Jesucristo, iluminada por la ciencia del orientalista, del crítico, etc., si bien desde luego sospechosa; pero no la vida de un *ideal*, de un *personaje sin personalidad cierta;* no una *leyenda*, no un *poema*. Ahora bien; Renán (*La liberté de penser*, p. 468) escribe sin pudor y como haciendo mofa de los admiradores de su Obra: "*El Jesús histórico se nos huye de las manos;* lo que nos cuentan de su nacimiento, de sus milagros, de su resurrección, de su ascención, sobrepuja y contradice á nuestra facultad de conocer. Preciso es confesar que acerca de la vida de Jesús ha habido un retoque legendario, una idealización, una composición análoga á la de todos los poemas, en donde el héroe se convierte en tipo ideal. Hasta qué punto la doctrina y el carácter moral que el Evangelio atribuye á Cristo fueron real é históricamente la doctrina y el caráctere moral de Jesús, *es cosa imposible de resolver.*"

Así Renán se condena, por su propia boca, de impostor, de farsante y de embaucador. Los ilusos que lo admiran, deberían aprender de memoria el dictamen del protestante E. de Pressensé: "La Vida de Jesús" de M. Renán, con toda la magia de su estilo y el matizado colorido de su pincel, paréceme ser una de las más desdichadas que yo conozco: es por antonomasia el Evangelio apócrifo del siglo XIX.

¡Dios haya perdonado al impío!

quilidad y hasta la vida misma. Bien es que nosotros hemos extraído su cuerpo del sepulcro; pero nada importa. A pesar de la verdad, publicaremos que salió vivo de él; y le adoraremos como Dios. No hay duda que se irritará contra nosotros la Sinagoga y toda la nación judía, ¿qué importa tampoco? Arrostraremos todos los peligros imaginables, por sostener tan vil mentira. Si hay un Dios de justicia y de verdad, castigará con penas terribles nuestra impostura después de la muerte; pero ¿qué importa? Arrostraremos el enojo del cielo y de la tierra, y sin utilidad alguna en esta vida ni en la otra, apresurémonos á publicar por todas partes la falsa resurrección de Jesús y si es menester, dejémonos degollar para sostener esta fábula inventada por nosotros . . »

Señores: solamente las almas obcecadas en la incredulidad no retrocederán espantadas y con indignación en presencia de tanto absurdo. Por eso creo que para la refutación de esos argumentos bastan la contestación franca que nos inspira la fé y las pruebas históricas que poseemos y que en vano ha intentado invalidar la impiedad.

Defendemos la Resurrección como un hecho acaecido en el tiempo y sólidamente fundado en testimonios firmísimos. Si consideramos la autoridad de los Libros Santos, hasta Renán los reconoce por auténticos; si la declaración de los testigos oculares, la encontramos digna de toda fé; si el hecho de que judíos y gentiles hayan creído el milagro y lo confesaran entre tormentos, lo hallamos inexplicable sin la verdad de la Resurrección; si la suposición del robo, ni aun sombra tiene de probabilidad y, finalmente, la posesión de diecinueve siglos es cosa indisputable.

Más digno será de vuestra atención que tomemos en cuenta al raposo Strauss cuya crítica sobre la realidad de la Resurrección es un trabajo satánico y para muchos admirable, por el ropaje científico que lo envuelve y la erudición de que se hace gala en él.

No sería posible seguirlo paso á paso ni citar cada punto del Evangelio en que pretende apoyar sus negaciones; pero basta con refutarlo en algunos detalles para burlar todos sus ataques. No vacila en mentir á sabiendas, afirmando que Jesucristo no anunció su Resurrección, y lo in-

fiere de que los Apóstoles y discípulos no la esperaban (como alegamos contra Renán): cierto que no la esperaban, pero ¿síguese de ello que no se les había anunciado? ¿No fué terminante el anuncio por la comparación con Jonás? (Math. XVI). *Sicut fuit Jonas in ventre cetæ tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius Hominis in ventre terræ.* Jonás voluntariamente se ofrece á ser arrojado al mar á fin de que no naufrague la nave: Jesucristo se ofrece expontáneamente al piélago de su amarga pasión, para salvar á la humanidad. Los marineros, en el acto de arrojar al Profeta al mar, le dijeron: «Nosotros estamos inocentes de tu muerte, no hagas que tu sangre grite contra nosotros.» ¿Cómo es posible leer estas palabras sin recordar que Pilatos también, al entregar á Jesucristo, lavándose públicamente las manos, dijo: yo soy inocente de la sangre de este justo? Dios mandó al monstruo y el monstruo obediente vomitó en la playa al Profeta, sano y salvo. El mismo Dios ha mandado á la muerte, y la muerte ha devuelto al mundo, lleno de vida y de gloria, al Salvador del mundo. ¿Podía ser más claro el anuncio? Y ¿se quiere mayor claridad que la de estas palabras: «Los judíos entregarán al Hijo del Hombre á los gentiles; éstos lo azotarán y pondrán en una cruz; pero al tercero día resucitará»? Y otra vez: «Después de resucitar me uniré con vosotros en Galilea.» (Math. XX. 19—Marc. IX. 30—Luc. XVIII. 33—Marc. XIV. 28)

La dificultad de los Apóstoles en creer no arguye nada, pese á los esfuerzos de Strauss, porque la Resurrección POR VIRTUD PROPIA era cosa inaudita, inconcebible. Bien dice Murillo que aunque los Apóstoles entendieran perfectamente lo que les anunciaba el Señor, les era sumamente difícil comprender el COMO podría verificarse. «Y sobre todo, es difícil formarse una idea exacta del estupor que debió producir en los Apóstoles y discípulos y de la postración en que debió sumirlos la pasión y muerte del Señor, rodeada de todas sus circunstancias de tanta afrenta, de la impotencia aparente de Jesús ante las provocaciones de sus enemigos y del abandono en que momentáneamente le deja la divinidad. ¿Qué extraño es

que ante un infortunio tan inmenso, ante una catástrofe y desenlace tan incomprensible desmayen un momento los discípulos, vacilara su fé y aun algunos se creyeran víctimas de un engaño?» «Un espíritu que sea justo apreciador de las cosas no sólo no hallará motivo de sorpresa en las vacilaciones de muchos, sino por el contrario, en la esperanza de algunos, como S. Juan y S. Pedro, encontrará la prueba más palpable de que los Apóstoles no pudieron menos de haber visto en la vida de Jesús fundamentos incontrastables en favor de su dignidad, y sobre esto, de haber escuchado la predicción de su Redentor».

Más desdichado es el argumento de Strauss negando la autoridad del Evangelio respecto á los guardas del sepulcro y que se funda en que no todos los Evangelios refieren esa circunstancia. ¿Es necesario acaso que para que sea históricamente cierto un hecho, TODOS los historiadores hablen de TODAS las circunstancias que lo acompañaron? Si esta fuera una REGLA DE CRITICA en historia, ya podríamos ir pegando fuego á todas las bibliotecas del mundo. Ni diga Strauss que las santas mujeres se conducen de un modo incompatible con el texto evangélico, dado que van al sepulcro sin noticia de que hubiera soldados y no sabían quién removiese la piedra. ¿Como se deduce que no había guardas, porque lo ignoraban unas piadosas mujeres? Y ¿cómo se inferirá de que ellas no sabían quién les abriera el sepulcro? Aunque supieran que había guardas, no estaban allí éstos para hacerles favores á los visitantes, sino para cuidar de que no fuera robado el cuerpo de Jesús.

Strauss quiere tambièn que la presencia de los guardas, su declaración al Sanedrín, su testimonio contra los Apóstoles, el premio que recibieron, sea todo pura invención de la fantasía judaica para dar colorido al relato y hacer menos increíble la Resurrección. Pero en todo esto nada hay que no sea calumnia ó estupidez y no merece refutación sino desprecio. Donde el mal afartunado Strauss pierde completamente el equilibrio y da contra durísima piedra, es cuando niega el testimonio de los Apóstoles. ¡Qué conflicto! ¡Qué ansiedad! Ya hemos visto que la prueba de la Reeurrección tomada de los labios del grupo